



A caballo en diferentes dominios: metáforas y símiles en los escritos saussureanos

On Different Realms: Metaphors and Similes in Saussure's Written Works

Gastón Daix*

Recibido: 20/09/2020 | Aceptado: 18/05/2021

Resumen

Este trabajo sostiene la hipótesis de que las metáforas y los símiles constituyen una matriz de generación conceptual en los escritos saussureanos que resulta inescindible de la teoría en su contexto de producción, y no como mero recurso pedagógico auxiliar puesto al servicio de la divulgación de un conocimiento ya consolidado como tal. En tal sentido, desde una perspectiva interactiva, asumimos que las metáforas constituyen modos de pensar capaces de engendrar representaciones del mundo y que, por tanto, antes que depender de semejanzas preexistentes entre entidades extralingüísticas, las crean performativamente en el discurso. Sobre la base de estos supuestos, tras un breve análisis de las conceptualizaciones clásicas acerca de la metáfora –de las que tomamos distancia– y de los argumentos por los que el discurso tradicional acerca de la ciencia erige una mítica incompatibilidad entre figuración y razón, procedemos a relevar y contrastar expresiones metafóricas evidenciadas en el *Curso de lingüística general* (CLG) y en los *Escritos sobre lingüística general* (ELG).

Palabras clave: metáfora, comparación, símil, discurso científico, lingüística, Saussure

Abstract

This paper supports the hypothesis that metaphors and similes constitute a conceptual generation matrix in Saussure's writings that is inseparable from theory in its context of production, and not as a mere auxiliary pedagogical resource put at the service of the dissemination of knowledge already consolidated as such. In this sense, from an interactive perspective, we assume that metaphors constitute ways of thinking capable of engendering representations of the world and that, therefore, rather than depending on pre-existing similarities between extra-linguistic entities, they create them performatively in discourse. On the basis of these assumptions, after a brief analysis

*Argentina. Profesor en Letras. Docente de la cátedra Taller de Lectura y Escritura Académica y miembro del Centro de Escritura Académica de la Universidad Nacional de Rafaela. Auxiliar en la cátedra Análisis del Texto y del Programa Universitario de Alfabetización y Escritura Académica en la Universidad Nacional de Rosario. Miembro de la Cátedra Libre Ferdinand de Saussure del Instituto de Investigaciones Adolfo Prieto. Email: gastondaix@gmail.com.

of the classical conceptualizations about metaphor—from which we distance ourselves—and of the arguments by which the traditional discourse about science sets up a mythical incompatibility between figuration and reason, we proceed to list and contrast metaphorical expressions evidenced in the *Course in General Linguistics* and in the *Writings in General Linguistics*.

Keywords: metaphor, comparison, simile, scientific discourse, linguistics, Saussure

Introducción

Normand (1995) ha señalado pertinentemente que, a pesar del rechazo declarado de Saussure a la vaguedad y a la inadecuación del lenguaje metafórico empleado por los estudios filológicos del siglo XIX, “sobre los puntos más problemáticos (como la naturaleza del signo) las metáforas [...] son tan numerosas en las diversas notas manuscritas (huellas de investigación) como en los cuadernos de los estudiantes (ecos de la enseñanza)” (p. 80). Asimismo, como observa Arrivé (2017), lejos de tratarse de una tendencia que pasara inadvertida para el propio autor, “Saussure es consciente en grado sumo de esta característica de su discurso” (p. 84) e incluso esgrime una apología de su uso en lingüística, como puede apreciarse en sus notas manuscritas en las que discurre acerca de las dificultades de la terminología empleada en los estudios del lenguaje, cuya inadecuación constituye para él una preocupación central, tal como se evidencia en la frecuentemente citada carta que le escribiera a Meillet el 4 de enero de 1894:

estoy harto de todo esto y de la dificultad que hay, en general, para escribir diez líneas con sentido común en materia de hechos del lenguaje. [...] Sin cesar, la ineptia absoluta de la terminología ordinaria, la necesidad de reformarla, y de mostrar para ello qué clase de objeto es la lengua en general, me estropea el placer histórico (Benveniste, 1971, pp. 38-39)

En ese marco, Saussure coincide parcialmente con la crítica de sus contemporáneos, los neogramáticos, quienes renegaban de la vaguedad y de la falta de rigor de la lingüística histórico-comparada, constreñida a una descripción metodológicamente sesgada de las lenguas y carentes de un auténtico interés por formular “leyes” explicativas que dieran cuenta de los cambios observados a lo largo del tiempo. Esta falta de precisión, evidenciada en el empleo de una terminología subsidiaria del discurso de la biología, se materializaba en expresiones metafóricas como “lengua madre e hijas” y en su sometimiento a ciclos de vitalidad y muerte. De hecho, el propio Saussure no se privó de arremeter enardecidas críticas a las mismas metáforas vituperadas por los neogramáticos sobre los trabajos de Schleicher y otros autores influenciados por este, derivadas en su mayoría de una concepción –igualmente metafórica– que asume el lenguaje como “organismo vivo”. Así, leemos en los ELG:

No, la lengua no es un organismo, no es una vegetación que exista independientemente del hombre, no tiene una vida propia que implique un nacimiento y una muerte. Todo es falso en la frase que he leído [en referencia a

una cita de Abel Hovelacque]: la lengua no es un ser organizado, no puede por sí misma, no decae, no crece, en el sentido de que no tiene ni infancia ni edad madura, y, por último, no nace como vamos a ver. (Saussure, 2004, p. 138)¹

No obstante, a pesar del rechazo de estas metáforas en particular, Saussure señala que la iniciativa neogramática de desprenderse de las figuras en general resulta quimérica en el estudio del lenguaje:

Proscribir la figura es creerse en posesión de todas las verdades, si no, queda usted radicalmente fuera de la posibilidad de decir dónde comienza o acaba una metáfora.

Sería estupendo si creyéramos por un instante que los que prestan ese juramento [“basta de figuras”] tienen la menor idea de aquello a lo que se comprometen. ¿Se acabaron las figuras?, ¿de modo que nada más que términos que correspondan a las realidades absolutas del lenguaje? *Esto equivale a decir que las realidades absolutas del lenguaje no ofrecen misterio para los neogramáticos, que nos las han revelado.* (Saussure, 2004, p. 209; el destacado con cursiva es nuestro)²

Podemos concluir entonces que los embates de Saussure no son contra la figuración misma sino con los caminos errados a los que puede conducir una metáfora inadecuada. Esta preocupación puede leerse en el marco de la crítica dirigida a sus antecesores: no cuestionarse la naturaleza del lenguaje, dar por supuesto que esta existe del mismo modo que los objetos físicos, sin atender que en verdad es el punto de vista el que crea el objeto. En tal sentido, las sucesivas vacilaciones en el empleo de una u otra metáfora en los escritos saussureanos y la batalla librada contra las metáforas biologicistas parecen dar cuenta de una búsqueda –i.e. “huellas de investigación”, como señalamos más arriba en la cita de Normand– orientada a superar los obstáculos epistemológicos de los cuales las metáforas biologicistas serían tan solo un síntoma.

Así, definir el objeto de estudio de la lingüística podría pensarse, en cierto modo, como una tarea que comprende dar con una metáfora que pueda juzgarse adecuada, que guíe el trabajo del lingüista evitando caer tanto en la trampa de una literalidad por el momento impracticable como en los callejones sin salida que suponen metáforas erradas que –como las empleadas por Schleicher– “violentaban la realidad al ver en la lengua una cosa orgánica” (Saussure, 1945, p. 260).

¹ Primera conferencia en la U. de Ginebra (nov 1891)

² Similares apreciaciones podemos leer también en el CLG. Cf. “La nueva escuela, ciñéndose cada vez más a la realidad, hizo guerra a la terminología de los comparatistas, y especialmente a las metáforas ilógicas de que se servían. Desde entonces ya no se atrevía uno a decir ‘la lengua hace esto o aquello’, ni hablar de ‘la vida de la lengua’, etc., ya que la lengua no es una entidad y no existe más que en los sujetos hablantes. Sin embargo, convendría no ir demasiado lejos, y basta con entenderse. Hay ciertas imágenes de que no se puede prescindir. Exigir que uno no se sirva más que de términos que respondan a las realidades del lenguaje es pretender que esas realidades ya no tienen misterio para nosotros. Pero estamos muy lejos de tal cosa. Así, pues, nosotros no vacilaremos en emplear cuando llegue la ocasión algunas expresiones que fueron censuradas en su época” (p. 33).

Si esto es así, y consideramos que en efecto las metáforas y símiles que fueron conservadas en la edición realizada por Sechehaye y Bally son eco de algunas de las más diversas y numerosas que podemos encontrar entre las notas privadas de Saussure, estaremos dispuestos a rechazar la posibilidad de que estas figuras puedan reducirse a una *función exegetica*. En otras palabras, no se trataría de recursos accesorios puestos al servicio de volver más atractivo el discurso ni meramente derivados del afán pedagógico de transmitir un conocimiento ya consolidado a sujetos que, en situación de cursar un seminario, realizan un proceso de asimilación y acomodamiento de nuevos saberes³.

Creemos, en cambio, que contamos con evidencias suficientes para afirmar a partir del cotejo del CLG y los ELG que –en principio para el caso del pensamiento saussureano– la figuración metafórica constituye deliberadamente un método de indagación que permite organizar, por tomar prestada una metáfora, “la masa amorfa del pensamiento”, a partir de distintos ensayos que ponen a prueba la productividad y la adecuación de cada metáfora con relación al concepto que no solo pretenden explicar sino generar.

Para sostener esta perspectiva, consideramos necesario precisar en primer lugar el sentido y los alcances de la metáfora—término que hasta aquí hemos empleado intuitivamente sin ninguna precisión teórica—tarea de la que nos ocuparemos en el siguiente apartado. Por otra parte, dedicaremos aquí un breve apartado al modo en que se conciben específicamente las metáforas con relación al discurso de la ciencia, dado que—aunque podamos considerarlo ejemplar por su documentación y dinamicidad—el caso particular de Saussure no resulta excepcional en la historia de las ideas. Con este marco conceptual ya consolidado, el resto del artículo descansa sobre el relevamiento y análisis de las metáforas en dos fuentes del archivo Saussure, el CLG y los ELG,⁴ sobre las cuales nos proponemos dilucidar: a) qué campos semánticos comunes aglutinan esas metáforas, b) cuáles aparecen en ambas fuentes y cuáles no, c) que función cumplen en su contexto de aparición.

Concepciones de metáfora

Dado que excedería ampliamente el objetivo propuesto en este trabajo, no desarrollaremos aquí la deriva diacrónica del concepto de metáfora en el amplio arco de siglos que van desde *Retórica y Poética* de Aristóteles hasta la actualidad.⁵ En cambio, siguiendo el mapeo esquemático formulado por Black (1966), nos interesa señalar que las posiciones que se sucedieron a lo largo de la historia y que aún se encuentran en pugna respecto de la metáfora pueden sistematizarse atendiendo a dos posiciones polares: la del

³ Sobre la aplicación de las categorías paigetianas de asimilación y acomodamiento al empleo de metáforas en contextos de enseñanza, ver Petrie & Oshlag (1993).

⁴ Por cuestiones de espacio, hemos decidido dejar fuera una tercera fuente cuyo análisis resulta también esclarecedor: las notas de los cuadernos de Constantin del tercer curso de lingüística general dictado por Saussure en Ginebra entre 1910-1911 y que, como es de público conocimiento, no fueron parte del material empleado en la edición del CLG. El cotejo de los resultados preliminares del análisis que proponemos en este desarrollo con esta fuente será materia de futuras indagaciones.

⁵ Para un análisis detallado de la propuesta aristotélica, ver Ricoeur (1977).

enfoque sustitutivo, una de cuyas variantes más prominentes deriva en una concepción comparatista, y el enfoque interactivo.⁶

El enfoque de la sustitución plantea que la expresión metafórica consiste en el relevo de otras literales, en razón del carácter analógico presupuesto entre un término presente y otro ausente; en otras palabras, desde una teoría comparatista de la sustitución, lo que posibilita la metáfora es la existencia de una relación de semejanza exterior, preexistente e independiente del acto de su enunciación (ya en el dominio físico por semejanza entre realidades objetivamente comparables, ya en el dominio léxico por conjunción de semas compartidos), sobre cuya base opera el relevo. Así, “comprender una metáfora será como descifrar un código o desenmarañar un acertijo” (Black, 1966, p. 43), es decir, ser capaz de traducir lo que se expresa en lenguaje figurado a lenguaje literal, restituir la forma de un pensamiento al “grado cero”, corrigiendo el “desvío” que la metáfora supone respecto de uso corriente de una palabra. Luego, si la figuración es una operación reversible, se asume que el sentido “original” puede ser repuesto por una paráfrasis exhaustiva o por el uso del término propio, sin que ocurra por ello una pérdida semántica. En este sentido, un problema para este punto de vista es lograr definir cuál sería el “grado cero” frente al cual ocurre el desvío. Las respuestas a esta demanda teórica son variadas, pero en general poco satisfactorias en la contrastación empírica, ya que tropos y figuras están presentes (o ausentes) tanto en el discurso cotidiano, como en la literatura e, incluso, como venimos sugiriendo desde un comienzo, en el discurso científico, e incluso los efectos de sentido producidos en cada uno de estos campos no son de pleno equiparables entre sí.

Por otra parte, el enfoque interactivo plantea que “cuando utilizamos una metáfora tenemos dos pensamientos de cosas distintas en actividad simultánea y apoyados por una sola palabra o frase, cuyo significado es una resultante de su interacción” (Richards, 1963, p. 93). La metáfora es “un préstamo mutuo y comercio entre pensamientos, una transacción entre contextos” que requiere que dos ideas “cooperen en un significado incluyente” (p. 94). Es decir que una palabra que se constituye en el foco de una metáfora alcanza en su contexto un sentido nuevo que no es ni el significado de sus usos literales ni el del que podría tener un sustituto literal cualquiera. La presencia del foco en un

⁶ Si bien consideramos que la propuesta de Black resulta todavía a la fecha esclarecedora, existen además otros modos más recientes de clasificar y nombrar perspectivas dispersas geográfica e históricamente pero afines epistemológicamente. Por caso, Martin Soskice y Harré (1995), apoyándose en Black y en Richards pero considerando también los desarrollos posteriores llevados a cabo en el marco del cognitivismo (fundamentalmente a partir de la obra de Lakoff y Johnson en los ochenta), distinguen las diversas teorías sobre la metáfora en dos grupos –teorías sustitutivas y teorías gestálticas– en función de si se considera, respectivamente, que la metáfora es un modo otro de decir aquello que podría haberse expresado en términos literales sin pérdida cognoscitiva o si, en cambio, se asume que lo que se expresa metafóricamente no podría expresarse de otra forma. Sobre esta última línea, las autoras sostienen que las metáforas son necesarias en tanto “tanto en el curso de la composición literaria como de la teorización científica concebimos más de lo que podemos decir” (p. 290) por lo que la metáfora se constituye en un modo de decir lo que queremos decir, especialmente cuando no existe (al menos provisoriamente) otro modo de decirlo. En tal sentido, las metáforas serían asumidas allí como una totalidad construida cuyo sentido excede en de sus partes constitutivas aisladas o en otro contexto y, a la vez, estructuras que modelarían la percepción intelectual de aquello que, en el correlato de lo extra verbal, pretenden denominar a título de referente.

nuevo marco⁷ supone, entonces, forzar una extensión del significado. Por eso, para que funcione, el lector tendría que ser capaz de percatarse de tal extensión y de atender a la vez al significado antiguo y al nuevo. Black plantea que, en tal sentido, podemos entender la metáfora como un “filtro” o “lente” capaz de hacer ver, ocultar, poner de relieve o en segundo plano determinados rasgos que aceptamos como representación de “lo real”.

Así, bajo esta segunda lógica, en una afirmación como “El hombre es un lobo” hay dos asuntos, el principal “el hombre” y el subsidiario “el lobo”, de modo que vemos al hombre a través del filtro que formulan los rasgos que conocemos o atribuimos al lobo. Por ello, para comprender la metáfora, es necesario que el lector conozca el sistema de tópicos que acompañan al asunto secundario o, de lo contrario, si no logra activar ese campo, la metáfora no será capaz de aportar un nuevo significado. Asimismo, lo que interesa allí no es tanto que los lugares comunes a los que alude el sistema de tópicos sean verdaderos cuanto que sean evocados de forma rápida y espontánea. En el caso de lobo, deben activarse y proyectarse sobre el hombre las representaciones asociadas a la ferocidad, a la competencia constante, a su dieta carnívora, a su fuerza, a su peligrosidad, etc., pero no todo lo que un lobo “es” (p.ej. su pelaje). E incluso si en el mundo empírico se constata que lo que se sostiene en la doxa respecto del lobo es falso, ello no incide en nada en el sentido ni en la comprensión de esta, en tanto quien la interpreta conozca el sistema tópico sobre el que se apoya.

Como se ve, el eje de esta mirada está en el nivel discursivo, no en el léxico o en el referente, por lo que podemos asumir que, además, la vitalidad de las metáforas y su sentido se debe analizar en un contexto ampliado que no se limita ni siquiera a la frase. Asimismo, y contrariamente a la tradición retórica que insistentemente asume la existencia de una semejanza preexistente y exterior como condición *sine qua non*, aquí de lo que se trata es de proponer que la metáfora es capaz de fundar la semejanza sobre la que luego se afirma. Para ello, toda metáfora supone suprimir ciertos detalles y acentuar otros, organizando una visión determinada del asunto principal, pero saber qué aspectos son los relevantes en la puesta en diálogo de los conceptos que conforman la metáfora constituye un saber cultural e históricamente situado, no válido universalmente y no explicable meramente a partir del significado léxico. Ello conduce a suponer que el carácter generativo y dinámico de la “metaforicidad” (Black, 1977) —en tanto atributo— rehúye a todo intento de definición estable: lo que en un momento se percibe como metáfora (como caso marcado o “desvío”, en términos retóricos) en otro contexto puede no serlo (es decir, puede recibir una interpretación plenamente literal). Después de todo ello permitiría explicar no solo las catacresis, las expresiones fosilizadas, ciertos casos de neologismos en las ciencias e incluso algunos malentendidos.

A modo de síntesis parcial, hasta aquí lo que nos interesa mostrar es que el relevamiento y análisis de metáforas que nos hemos propuesto realizar sobre el corpus saussureano no puede llevarse a cabo sin tomar determinadas decisiones teóricas y epistemológicas previas. Por lo pronto, consideramos necesario alinear a propuestas que:

⁷ Empleo aquí la denominación preferida por Black, coextensiva a los conceptos de *tenor* y *vehículo* formulados por Richards. Nótese asimismo que en ambos casos la metáfora aparece como un elemento compuesto por entidades copresentes en el nivel del discurso, de modo que no puede reducirse ni identificarse —como suele ocurrir en la retórica— con una de sus partes.

- a. No planteen dicotomías del tipo forma/contenido, grado cero/desvío, literalidad/literariedad, sentido figurado/sentido literal, pensamiento/lenguaje.
- b. Reconozcan el potencial epistémico de la metáfora y no la conciban como mero ornato, como “plus” de significación.
- c. Permitan sostener la figuración en su dimensión argumentativa y, por tanto, performativa, independientemente de que su resultante se cristalice o no en aquello que percibimos como figura en una determinada coyuntura histórica.
- d. Sean compatibles con la idea de que la metaforicidad puede expresarse también bajo la forma de un símil, sin que ello suponga concebir a la metáfora como una comparación abreviada o elíptica (cf. Quintiliano) ni como una clase particular de metáfora (cf. Aristóteles).⁸

Las metáforas en la ciencia

Desde la consolidación del discurso científico alrededor del siglo XVII y la consecuente emergencia de instituciones tutelares como la *Royal Society* –cuyo lema no casualmente es *Nullius in verba*–, se consolidó culturalmente el presupuesto de que “la descripción y la explicación de la realidad física es una tarea valiosa y respetable” (Ortony, 1993b, p. 1), cuyo monopolio se arrogarían cada vez con más insistencia los campos del saber de las disciplinas científicas. Desde tal perspectiva, se asume que los fines que justificaban a la ciencia como institución deberían llevarse a cabo mediante un lenguaje modelado específicamente para tal fin, que resolviera la vaguedad y la ambigüedad del discurso cotidiano y rehuera, a su vez, de las marcas asociadas a aquella parcela del discurso sobre la que se proyecta una suerte de monopolio de la mentira puesta al servicio del deleite y la imaginación: la literatura.

Así, sobre la base de una ontología y una epistemología atravesadas primero por el empirismo y luego por el positivismo, “el conocimiento científico [...] padece de una falsa idealización fundada en el culto del científico como [...] observador ‘desinteresado’ o ‘neutral’, cuya única clase confiable de lenguaje es una supuestamente literal-lógica” (Radman, 1995, pp. 1-2). Como consecuencia, el uso de la primera persona gramatical, de la narración y de aquello que tradicionalmente la retórica denominó tropos o figuras –en particular, de la metáfora– se constituyeron en un triple tabú (cf. Weinrich, 1995, citado en Ciapuscio, 2005, 2011).

⁸ No desarrollaremos en este artículo las discusiones en torno a los modos en que se entrelazan a lo largo de la historia las conceptualizaciones de la metáfora con los términos comparación, analogía y símil. Nos interesa, no obstante, dejar planteado algo que se ha delimitado a lo largo de este apartado pero que conviene señalar con mayor claridad, siguiendo los planteos de Ortony (1993a): el hecho de que las metáforas operen sobre la base de comparaciones –en términos cognitivos– no supone que la metáfora sea una comparación –en términos lógicos o lingüísticos–. Asimismo, no todas las expresiones lingüísticas que se formulan en términos comparativos constituyen expresiones metafóricas. Después de todo, existe una diferencia sustancial entre una comparación literal –p.ej. “Las enciclopedias son como diccionarios”– y otras que no lo son –p.ej. “Las enciclopedias son como minas de oro”–. En este trabajo, por claridad expositiva, cuando refiramos a “símiles” lo haremos en este sentido: comparaciones que deben ser interpretadas metafóricamente para tener sentido. Para una discusión pormenorizada sobre el papel de la similitud en símiles y metáforas, ver Ortony (1993a) y Le Guern (1978).

Ahora bien, aunque esta caracterización de la prosa científica se reitera incluso en manuales de escritura universitaria en la actualidad, lo cierto es que existe gran variación en cuanto al modo y al grado de presencia de estos elementos conforme al *ethos* discursivo que el autor debe construir conforme la lengua en la que escribe, el país en el que publica, la disciplina en la que se inscribe y el paradigma al que adscribe. En tal sentido, la inasible desobjetivización del discurso puede analizarse, en la contrastación empírica con los textos, como un cliché o como una sobregeneralización descontextualizante que puede o no funcionar como ideal regulatorio en la escritura, pero que de ninguna manera constituye un atributo predicable de todo enunciado legitimado dentro del campo del discurso científico-académico.

Más aún, más allá de los pretendidos preceptos asociados al discurso estereotipado de la ciencia, varios autores (Boyd, 1993; Martin Soskice y Harré, 1995; Schön, 1995; Reddy, 1995; Kuhn, 1995; Fox Keller, 2000; Lakoff y Johnson, 2009) han señalado que la recurrente presencia de metáforas en textos académicos de dataciones diversas, lejos de evidenciar la transgresión de una norma formulada como garantía de un efecto de objetividad, son indicio de que se trata de un elemento constitutivo de los procesos de producción y puesta en circulación del conocimiento en los más diversos campos, por lo que no se trataría de un fenómeno reductible a una cuestión estilística. Estas afirmaciones por lo general se apoyan fuertemente sobre la evidencia de que una u otra metáfora raíz puede habilitar u obliterar ciertos modos de pensar, valorar y actuar frente a aquello que se pretende nombrar y que se asume existe independientemente del sujeto observador y del lenguaje, tal como ya lo hemos señalado más arriba con relación a la metáfora “el lenguaje es un organismo vivo”, ampliamente aceptada hasta fines del siglo XIX.

Estos supuestos constituyen el núcleo duro del paradigma “constructivista” de la metáfora, término paraguas acuñado por Ortony (1993b) para diferenciar un conjunto heterogéneo de posiciones teóricas contemporáneas –principalmente, aunque no exclusivamente, de corte cognitivista y pragmático– de una tradición “no constructivista” –a la que podríamos asociar las indagaciones de filiación retórica de las teorías sustitutivas–. Esta última, como ya hemos esbozado en el aparato anterior, se diferencia de la primera esencialmente en la medida en que, sobre la afirmación del par literal/figurado, reniega de la posibilidad de concebir la figuración metafórica como productora de nuevos sentidos y realidades⁹ y la reduce, en cambio, a un “desvío” de un grado cero retórico de literalidad absoluta¹⁰. En tal sentido, el lenguaje figurado se presenta como la antítesis

⁹ En términos generales, aunque el autor no lo explicita así, podríamos incluir dentro de este grupo a los retóricos clásicos y medievales (al menos en cuando al modo en que han sido interpretados en la modernidad), a las teorías románticas del simbolismo (cf. Torodov, 1981, 1982) y a la denominada neoretórica (cf. Grupo μ , 1987).

¹⁰ Cohen (1984) plantea como epítome del grado cero retórico al discurso de la ciencia, con la fuerte advertencia de que se trata de un “cero relativo” y no de un inalcanzable “cero absoluto”. Esta perspectiva que adopta instrumentalmente a la ciencia como punto de referencia de lo “neutro” y coloca el discurso poético en sus antípodas resulta interesante, ante todo, porque su fisura permite entrever el carácter artificial y en última instancia convencional, contingente e histórico de lo que se considera norma y de lo que se establece como desvío. Sobre esa base, podemos afirmar que la figuración constituye la matriz operativa del lenguaje en uso (o, lo que es lo mismo, que todo el lenguaje es metafórico).

del uso normal y habitual del lenguaje, en el que el discurso se presenta como pura transparencia (cf. Todorov, 1971).

Hasta aquí, entonces, hemos señalado que la marcada tendencia al rechazo de la metáfora del dominio del conocimiento socialmente convalidado poseyó un carácter declarativo antes que efectivo. En efecto, como primera evidencia es posible señalar que el discurso científico no solo utiliza metáforas desgastadas por el paso del tiempo que ya no se perciben como tales y que rellenan los huecos del lenguaje natural (i.e. *catacresis*). En ese sentido, la creación metafórica estaría estrechamente vinculada a una exigencia neologística que permita a una teoría distanciarse de la ambigüedad de las palabras empleadas en el lenguaje cotidiano y dar nombre a entidades construidas para las cuales la lengua no ofrece, en principio, un término “literal”: así, por ejemplo, es habitual hablar de la “raíz” del verbo o de la “nube” de protones de un átomo empleando un procedimiento similar al que permite hablar de la “pata” de la mesa o de la “cabeza” del alfiler.

Por otra parte, los modelos y las metáforas son en muchos casos un aspecto constitutivo de las teorías (Black, 1966; Boyd, 1993), ya que de estos se desprenden no solo un vocabulario asociado a una metáfora principal, sino que además funcionan como una suerte de “filtro” o “lente” que proyectan sobre el observador una imagen del mundo diferente a la que se obtendría si empleasen otra metáfora:

Una metáfora memorable tiene fuerza para poner en relación cognoscitiva y emotiva dos dominios separados, al emplear un lenguaje directamente apropiado a uno como lente para contemplar el otro: [...] nos permiten ver un nuevo tema de una forma nueva; y no cabe predecir anticipadamente ni parafrasear subsiguientemente en prosa los significados más amplios que así resultan, como tampoco las relaciones de tal modo creadas entre reinos inicialmente dispares. Podemos hacer comentarios sobre la metáfora, pero ella misma ni necesita explicación o paráfrasis, ni invita a ellas: el pensamiento metafórico es un modo peculiar de lograr una penetración intelectual, que no ha de interpretarse como sustituto ornamental del pensamiento llano. (Black, 1966, p. 232)

A la vez, estas metáforas, no pueden ser “traducidas” plenamente mediante una paráfrasis literal sin que exista una pérdida semántica en el proceso:

Hasta cierto punto, podemos conseguir la enumeración de ciertas relaciones pertinentes entre los dos asuntos [el principal y el subsidiario] [...]; pero el conjunto de enunciados literales así obtenidos *carecerá de la fuerza informativa y esclarecedora que el original*, ya que, por lo pronto, las implicaciones cuya educación se dejaba antes al lector idóneo [...] se presentan ahora explícitamente, y como si estuvieran dotadas de idéntico peso: *la paráfrasis literal, inevitablemente, dice demasiado, y, además, acentuando de modo indebido las cosas*. [...] En tales casos, la pérdida que se produce es *pérdida de contenido cognoscitivo*: la debilidad que nos importa de la paráfrasis literal no es que pueda ser fastidiosamente prolija o aburrirnos con su explicitud [...], sino que fracasa en su empeño de ser una traducción, ya que no consigue hacernos

penetrar en la cuestión como lo hacía la metáfora. [...] No cabe duda que las metáforas son peligrosas, [...] mas toda prohibición de su empleo constituiría una restricción arbitraria y perjudicial de nuestra capacidad de indagación. (Black, 1966, pp.55-56; el destacado es nuestro)¹¹

A su vez, se ha planteado que la metáfora constituye un instrumento no indispensable pero sí ponderable en la divulgación del conocimiento científico y las tareas de enseñanza en la medida en que su empleo permite tender puentes entre lo conocido y algo que no lo es (Petri y Oshlag, 1993; Sticht, 1993; Mayer, 1993; Holton, 1995). En este sentido, Ortony (1975) ha planteado que las metáforas no son meros adornos accesorios, sino que resultan necesarias para la construcción de nuevos conocimientos a partir de las siguientes tesis:

- a. *Tesis de la compactación*: sostiene que la metáfora permite predicar una serie de atributos de forma mucho más compacta, “en bloque”, que si cada característica se viese formulada en un predicado individual.
- b. *Tesis de la inexpresibilidad*: sostiene que la metáfora, además de resultar un modo eficiente de predicación, es capaz de transferir características que en una determinada lengua resultan innombrables.
- c. *Tesis de la vividez*: formula que las metáforas se encuentran más estrechamente ligadas a la experiencia perceptual cotidiana y que, por tanto, no solo son más asequibles en algunos contextos que expresiones no metafóricas, sin que además resultan más vívidas y memorables.

En suma, lejos de una función meramente ornamental, las metáforas evidenciarían: por un lado, una función heurística o generativa, capaz de producir la emergencia de nuevos conceptos, de idear hipótesis subsidiarias nuevas y obstruir la aparición de otras, de estructurar el vocabulario de un punto de vista teórico, de gestionar los problemas y las soluciones concebibles desde su marco; y, por el otro, una función exegetica y pedagógica, en el que las metáforas funcionan como puentes entre la zona de lo familiar (generalmente de carácter más concreto y experiencial) y algo desconocido (usualmente de un orden de abstracción mayor), con potencial para generar aprendizajes duraderos¹².

Metáforas saussureanas

Sin pretensión de exhaustividad y a los efectos de claridad expositiva, hemos sintetizado parte del relevamiento de metáforas y símiles en el corpus saussureano, agrupando los casos en conjuntos conforme afinidades semánticas—toda vez que resultó

¹¹ Vemos, pues, que sobre el final de la cita anterior encontramos una toma de posición respecto del lugar de la metáfora en el discurso de la ciencia que coincide con el argumento por el cual Saussure señala como ingenua la empresa neogramática de desprendimiento de la figuración en lingüística.

¹² Cabe señalar que existen además trabajos centrados específicamente en la enseñanza del CLG a partir del empleo didáctico de otros elementos tradicionalmente asociados a la retórica, como la paradoja (cf. Navarro, 2015).

posible—y simultáneamente discriminamos aquellos que corresponden a manuscritos compilados en los ELG de los que se identifican en el CLG.

Hemos optado aquí por no diferenciar entre metáforas propiamente dichas y símiles (puesto que, como señalamos anteriormente, consideramos que ambos poseen un funcionamiento metafórico) y, por otro lado, excluir de nuestro relevamiento aquellos casos que pudieran catalogarse como catacrexis (es decir, metáforas fosilizadas ya como léxico corriente sin posibilidad de relevo), tales como *raíz*, *esfera*, *lenguas vivas / muertas*, *ley*. Asimismo, no consideraremos en este artículo la posibilidad de una lectura metafórica de los esquemas e ilustraciones que abundan en los manuscritos, asunto que merece un tratamiento específico.

Realizadas estas aclaraciones metodológicas, me detendré primeramente en señalar qué metáforas y comparaciones de las relevadas en el CLG aparecen también en los ELG, y luego enumeraré aquellas que suponen una novedad.

En primer lugar, resulta interesante señalar que la metáfora del AJEDREZ es una de las más reiteradas en el corpus saussureano: en efecto, se emplea en cinco ocasiones en el CLG y en seis ocasiones en los ELG. La capacidad de compactación a la que aludimos en el apartado anterior (Ortony, 1975) se evidencia en este caso en el hecho de que una misma metáfora sea capaz de ser empleada en contextos diferentes para dar cuenta de distintos aspectos que permiten concebir a la lengua como sistema de valores puros, evidenciando el carácter no sustancial de los signos (en la medida en que el valor de la pieza no depende del material del que esté hecha sino de su relación respecto del resto) y el modo en el que se formula un enfoque sincrónico (para el caso, relativo a las relaciones de oposición y diferencia que una pieza establece con el resto en un momento dado del juego) diferenciado de uno diacrónico (centrado en los movimientos realizados en el tablero a lo largo del tiempo en la comparación de sucesivas jugadas) para el estudio del sistema. Asimismo, el carácter programático de esta metáfora no solo queda sugerido por su reiteración y condensación, sino también por el hecho de que explícitamente Saussure haya apuntado “Comparación con partida de ajedrez” (sin desarrollo) como un punto a incluir en su proyecto de escritura de un libro de lingüística general (cf. ELG, p. 201).

Por otra parte, así como Saussure parece reconocer el potencial de algunas metáforas y la posibilidad de explotarlas en nuevos contextos, con otras realiza una aproximación más cauta, consciente de que su adecuación resulta parcial, comparando una metáfora con otra y proponiendo alternativas. Entendemos que tal es el caso del COMPLEJO QUÍMICO que permite pensar el carácter compuesto de las unidades lingüísticas, tal como se lee en el CLG:

Muchas veces se ha comparado esta unidad de dos caras con la unidad de la persona humana, compuesta de cuerpo y alma. La comparación es poco satisfactoria. Más acertadamente se podría pensar en un compuesto químico, el agua, por ejemplo: es una combinación de hidrógeno y de oxígeno; tomado aparte, ninguno de estos dos elementos tiene las propiedades del agua. (p. 127)

Análogamente leemos en los ELG:

[las identidades lingüísticas] no [son] comparables con un cuerpo químico simple ni tampoco una combinación química. En cambio, sí son comparables, en todo caso, [primero] con una *mezcla química*, como la del nitrógeno y el oxígeno en el aire que respiramos; de manera que el aire deja de ser aire si se le retira el nitrógeno o el oxígeno, y sin embargo nada une la masa de nitrógeno diseminada en el aire con la masa de oxígeno, de modo que, en tercer lugar, cada uno de estos elementos no se puede clasificar más que respecto a elementos del mismo orden [...]. (p. 24)

Cabe señalar que aquí el compuesto químico no se emplea para dar cuenta de la dualidad del signo en tanto asociación significado/significante (como ocurre en el CLG), sino que opera como demostración y advertencia acerca de la dificultad a la que se enfrenta el lingüista cuando, para abordar entidades heterogéneas, como lo son las identidades lingüísticas, “se escapa por la tangente” en su afán clasificatorio en lugar de “comprender que es precisamente ante esta tarea absurda ante la que se halla de inmediato y desde un comienzo” (p. 24). A su vez, la imposibilidad de trabajar con un objeto heterogéneo aparece estrechamente ligado a la comparación con clara intención paródica con el intento de definir a qué clase pertenecería “ensamblaje de una plancha de hierro atada a un caballo, de una plancha de oro colocada encima de un buey o de un cordero que llevara un adorno de cobre” (p. 24).

Por otra parte, cabe señalar que en los ELG se introduce una indicación valiosa – ausente en el CLG – que limita los alcances de la metáfora QUÍMICA: “se puede decir que esta comparación es inexacta por cuanto los dos elementos del aire son materiales, mientras que la dualidad de la palabra representa la dualidad del ámbito [...] mental” (p. 24). En términos mucho más categóricos, leemos luego que “por eso la comparación química, correcta en algunos aspectos, no dice nada realmente” (p. 109). Semejantes acotaciones caben para la metáfora antes comentada del AJEDREZ en el CLG, cuyo alcance prometedor se encuentra restringido por al menos una única pero significativa diferencia respecto de la lengua (cf. “No hay más que un punto en que la comparación falla: el jugador de ajedrez *tiene la intención* de ejecutar el movimiento y de modificar el sistema, mientras que la lengua no premedita nada”, p. 114), o para la metáfora del traje, que en uno de sus empleos dentro del CLG resulta inadecuada y se plantea solo a los efectos de proponer otra como contraparte (cf. “la identidad lingüística no es la del traje, sino la del expreso y la calle”, p. 133).

Si nos desplazamos hacia otro campo semántico, podremos apreciar que las metáforas hídricas tienen mayor presencia en los ELG que en el CLG: aparece la figura del riachuelo sobre el que no vale la pena preguntarse dónde nació exactamente (p. 94) y la figura de los GLACIARES DIVERGENTES para aludir a “idiomas hermanos” (p. 159-160). Relacionada con el agua también encontramos la comparación con el sistema de SEÑALES MARÍTIMAS (p. 57, en paralelo con el ejemplo del CLG de la p. 95, y p. 222), sobre la que Saussure aclara que “la lengua puede compararse fructíferamente y en varios sentidos, aunque no sea una comparación exacta”. También podemos asociar a este campo la metáfora que indica que “la lengua no es un NAVÍO en los astilleros sino en alta mar”

(p. 253). Además, en la p. 147 aparecen “CANALES SECRETOS por los que fluye la vida” en alusión a la relación entre dos lenguas que se suceden en el tiempo: el francés y el latín.

Por su parte, lejos de las preocupaciones acerca del origen y más bien con el foco puesto sobre el par sincronía/diacronía, en el CLG también hallamos una metáfora fluvial: “La evolución puede variar de rapidez o de intensidad sin que el principio mismo se debilite; el río de la lengua fluye sin interrupción; que su curso sea lento o torrencioso, es de consideración secundaria” (p. 165). Merecen mención aparte la metáfora de la ola (p. 165) relativa a la idea de que la lengua es “forma, no sustancia”, los FLOTADORES con los que trabajan quienes pretenden estudiar el sonido a través de la escritura (p. 59), y la de la INUNDACIÓN que remite a las líneas isoglosemáticas (p. 235).

Es interesante señalar que en los ELG (p. 278) en lugar de la metáfora de la inundación Saussure recurre a la metáfora botánica que asimila las fronteras entre dialectos a los LÍMITES DE VEGETACIÓN. Allí aparece nuevamente el resguardo de que se trata tan solo de un recurso “para dar una idea de la cosa”, lo cual sugiere que la coincidencia no es plena entre los elementos comparados, pero inmediatamente Saussure acota: “Muy buen ejemplo para dar una idea del dialecto”. Tal es su entusiasmo que no deja librada al azar la comparación y especifica las especies vegetales en las que está pensando: la vid y el olivar.

También en el campo botánico, se plantea en otro lugar –nuevamente con una mirada crítica a la tradición– que “se sigue imaginando el latín y el francés como dos follajes que aparecen sucesivamente en el mismo árbol desde la caída de las hojas en otoño hasta la aparición de los nuevos brotes” (p. 147). Por su parte, en la p. 188 aparece planteada la imagen del lenguaje “como una VEGETACIÓN PARÁSITA extendida por la superficie de nuestra especie”, que está allí solo para ser desechada en favor de la propuesta de Whitney de asumir al lenguaje como institución humana. Análogo es el caso del “reino lingüístico”, expresión acuñada en alusión al “REINO VEGETAL” estudiado por los botánicos, como una figura tomada de Max Müller y puesta a consideración solo para provocar su rechazo.

Si ampliamos el campo que hemos denominado hasta aquí “botánico” en un campo “biológico”, podremos incluir también otros casos, tales como la imagen del cadáver, asociada al término *aposema* en la p. 103 (en un sentido similar al esbozado en el CLG, donde tal neologismo se encuentra ausente), aunque inmediatamente Saussure plantea la diferencia entre un cadáver y una palabra: “un cadáver sigue siendo cosa organizada en su anatomía, mientras que en la palabra anatomía y fisiología se confunden a causa del principio de convencionalidad”. Es de destacar que antes de esta salvedad el autor haya anotado para sí “Probablemente pueda admitirse esta comparación, es decir, *no es peligrosa*”. En línea con la metáfora biológica, aparece “la PALABRA INERTE...” (p. 107) aunque no presenta desarrollo, la comparación con la anatomía y la fisiología (p. 109) y la crítica a las metáforas heredadas del comparatismo, fundamentalmente de Schleicher: lenguas madres, lenguas hijas, nacimiento y muerte de las lenguas, la lengua como organismo (pp. 137-139, 146, 193, 264).

Otros campos que podemos identificar en este relevamiento contrastivo son expresiones metafóricas que por razones de espacio no analizaremos in extenso aquí y que atañen a los siguientes órdenes: económico, edilicio, cósmico, tecnológico, mítico y político. Junto al detalle de estas metáforas, existen otras metáforas, abundantes y

heterogéneas, que no pueden subsumirse a primera vista bajo una misma categoría, la mayoría de las cuales son patrimonio exclusivo de los ELG.

Para finalizar, no podemos dejar de señalar que, si centramos nuestra mirada exclusivamente en el CLG, se constata allí que la mayor densidad de expresiones metafóricas ocurre en los primeros capítulos de la segunda parte (asociados al concepto de valor), en segundo lugar en el planteo del par sincronía/diacronía y en tercer lugar en el capítulo relativo al objeto de la lingüística (cap. III de la primera parte), es decir, en aquellos segmentos del volumen en los que la exposición se distancia de los marcos formulados por los estudios histórico-comparados e introduce nuevos conceptos, difíciles de asir, en el marco de una ruptura epistemológica que sentaría las bases para la emergencia y el desarrollo de la lingüística estructural.

Consideraciones finales

A partir del relevamiento realizado en el aparato anterior, podemos señalar que los ELG presentan metáforas y comparaciones diversas, algunas de las cuales reaparecen en el CLG. Algunas metáforas son tomadas de otros autores o aplicadas a ellos con una función polémica, para señalar su inadecuación o para satirizar al adversario (p.ej. las alusiones a las metáforas biológicas).

Otras metáforas son de orden propositivo, pero en los ELG Saussure se preocupa constantemente por señalar los límites posibles de comparación y registra de su puño y letra qué figuras le resultan más útiles para pensar o para mostrar un tema (p.ej. “[Sobre el follaje]: Muy buen ejemplo para *dar* una idea del dialecto” p. 278, “Los glaciares divergentes son realmente una buena comparación para idiomas hermanos” p. 159), una cautela que queda enteramente desdibujada en el tono mucho más categórico del CLG.

En algunos casos una imagen que empieza a desarrollarse se trunca y es abandonada (posiblemente un ejemplo sea el del complejo químico), o bien se conserva, pero con advertencias sobre sus “peligros” (p.ej. en la p. 103 sobre los peligros del aposema como cadáver de una palabra).

En otros (como el caso del ajedrez) reaparece constantemente, expandiendo su campo potencial de sentidos. Asimismo, algunas metáforas aparecen planteadas como nota, pero no son trabajadas (p.ej. “Ver qué pasa con la comparación táctica, disposición de una hilera de ejército” p. 110, “La palabra inerte...” p. 107, la vid y el olivar como límites entre dialectos, la nota “Comparación con partida de ajedrez” en “Notas para un libro de lingüística general, 2” p. 201).

El propio Saussure escribe que “no existe ningún objeto completamente comparable a la lengua, que es un ente muy complejo, y eso hace que todas las imágenes de que nos servimos habitualmente conduzcan sin excepción a darnos de ella una idea falsa en algún aspecto. Esas trampas tendidas tras cada locución son quizá lo que más ha atrasado” (p. 136). Esta inquietud supone un doble trabajo: develar la inadecuación de las metáforas vigentes y la búsqueda de nuevas metáforas que, aunque revistan el carácter precario que le es propio a toda representación por inadecuación frente a su objeto, son capaces —parafraseando a Aristóteles— de “poner las cosas frente a los ojos”.

El arte de metaforizar aparece simultáneamente como el don de percibir las semejanzas y ponerlas de manifiesto y como una matriz de pensamiento generadora de imágenes que crean performativamente las relaciones que pretenden describir, que fundan en la interacción de dos o más campos significantes nuevos sentidos que no pueden ser sustituidos de forma transparente y plena por una paráfrasis que intente devolver el sentido “literal”, puesto que la metáfora no es sustitución reversible, sino un acto generativo. En el caso específico de la epistemología saussureana, en particular, tal acto se solapa con la premisa “el punto de vista crea el objeto de estudio”, en la medida en que este no se encuentra dado de antemano.

A pesar de los estereotipos asociados al lenguaje científico como dominio aséptico, como imperio de lo literal, resulta evidente que la presencia de metáforas, particularmente en textos de fundación (cf. Foucault, 1969), no constituyen una anomalía, desvío o transgresión, sino un modo adecuado para generar nuevos sentidos, para expandir el terreno de lo pensable y de lo decible, avanzando sobre lo desconocido sobre la base de lo familiar. Después de todo, como afirma Nietzsche: la verdad no es más que “un ejército móvil de metáforas [...] después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora consideradas como monedas, sino como metal”.

Bibliografía

- ARISTÓTELES. (1974). *Poética* (V. García Yebra, trad.). Madrid: Gredos.
- ARISTÓTELES. (2015). *El arte retórica* (E. Granero, trad.). Buenos Aires: Eudeba.
- ARRIVÉ, M. (2017). *En busca de Ferdinand de Saussure*. México: Siglo XXI.
- BENVENISTE, E. (1971). Saussure después de medio siglo (J. Almela, trad.). En *Problemas de lingüística general I* (pp. 33-46). México: Siglo XXI.
- BLACK, M. ([1954] 1966). La metáfora. En *Modelos y metáforas* (pp. 37-56). Madrid: Tecnos.
- BLACK, M. (1977). More about metaphor. *Dialectica*, 31(3/4), 432-457.
- BOYD, R. (1993). Metaphor and Theory Change: What is ‘Metaphor’ a Metaphor for. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (2da ed., pp. 481-532). Cambridge: Cambridge University Press.
- CIAPUSCIO, G. E. (2005). Las metáforas en la creación y recontextualización de las ciencias. *Signo & Seña*, (14), 183-209.

- CIAPUSCIO, G. E. (2011). De metáforas durmientes, endurecidas y nómades: Un enfoque lingüístico de las metáforas en la comunicación de la ciencia. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 187(747), 89-98.
- CICERON (1967). *Diálogos del orador* (M. Menendez y Pelayo, trad.). Buenos Aires: Libros del Mirasol.
- CICERON (1991). *El orador* (E. Sánchez Salor, trad.). Madrid: Alianza.
- COHEN, J. (1984). *Estructura del lenguaje poético*. Madrid: Gredos.
- DÍAZ, H. (2006). La metáfora en la definición científica. En M. di Stefano (coord.), *Metáforas en uso* (2da ed., pp. 105-113). Buenos Aires: Biblos.
- FOUCAULT, M. (1969). Qu'est-ce qu'un auteur? *Bulletin de la Société française de philosophie*, 63 (3), 73-104
- FOX KELLER, E. ([1995] 2000). *Lenguaje y vida: Metáforas de la biología en el siglo XX*. Buenos Aires: Manantial.
- GENETTE, G. (1972). La rhétorique rescreince. En *Figures III* (pp. 21-40). Paris: Seuil.
- GRUPO μ . ([1982]1987). *Retórica general* (J. Victorio, trad.). Barcelona: Paidós.
- HESSE, M. (1995). Models, metaphors and truth. En Z. Radman (Ed.), *From a metaphorical point of view* (pp. 351-372). De Gruyter.
- HOLTON, G. (1995). Metaphors in Science and Education. En Z. Radman (Ed.), *From a metaphorical point of view* (pp. 259-288). De Gruyter.
- KUHN, T. ([1979] 1993). Metaphor in science. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (2da ed., pp. 533-542). Cambridge: Cambridge University Press.
- LAKOFF, J., & JOHNSON, M. ([1980] 2009). *Metáforas de la vida cotidiana* (8va ed.; C. González Marín, Trad.). Madrid: Cátedra.
- LE GUERN, M. (1978). *La metáfora y la metonimia*. Madrid: Cátedra.
- MARTIN SOSKICE, J., & HARRÉ, R. (1995). Metaphor in science. En Z. Radman (Ed.), *From a metaphorical point of view* (pp. 289-308). De Gruyter.
- MAYER, R. E. (1993). The instructive metaphor: Metaphoric aids to students' understanding of science. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (2da ed., pp. 561-578). Cambridge: Cambridge University Press.

- NAVARRO, P. (2015). Paradoja y discurso didáctico: La explicación del pensamiento saussureano a partir de nuevas lecturas de su obra. *Tópicos del seminario*, (34), 13-28.
- NIETZSCHE, F. ([1873] 1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- NORMAND, C. (1995). Le Cours de Linguistique générale, métaphores et métalangage. *Langages*, (120), 78-90.
- ORTONY, A. (1975). Why metaphors are necessary and not just nice. *Educational Theory*, 25(1), 45-53.
- ORTONY, A. (1993a). Metaphor, language, and thought. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (2da ed., pp. 1-16). Cambridge: Cambridge University Press.
- ORTONY, A. (1993b). Similarity in similes and metaphors. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (2da ed., pp. 342-356). Cambridge: Cambridge University Press.
- OTABE, T. (1995). From «Clothing» to «Organ of Reason»: An Essay on the Theories of Metaphor in German Philosophy in the Age of Enlightenment. En Z. Radman (Ed.), *From a metaphorical point of view* (pp. 7-26). De Gruyter.
- PETRIE, H. G., & Oshlag, R. S. ([1979] 1993). Metaphor and learning. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (3ra ed., pp. 579-609). Cambridge: Cambridge University Press.
- QUINTILIANO, M. F. (1944). *Instituciones oratorias*. Buenos Aires: Joaquín Gil ed.
- RADMAN (ed.), Z. (1995). *From a Metaphorical Point of View*. De Gruyter.
- RICHARDS, I. A. ([1936] 1964). *The philosophy of rhetoric*. London / Oxford / New York Oxford Univeristy Press.
- RICOEUR, P. ([1975] 1977). *La metáfora viva*. Buenos Aires: Megápolis.
- SAUSSURE, F. ([1916] 1945). *Curso de lingüística general* (A. Alonso, trad.). Madrid: Losada.
- SAUSSURE, F. ([2002] 2004). *Escritos sobre lingüística general*. Barcelona: Gedisa.
- SCHÖN, D. A. (1993). Generative metaphor: A perspective on problem-setting in social policy. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (2da ed., pp. 137-163). Cambridge: Cambridge University Press.

STICHT, T. G. (1993). Educational uses of metaphor. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and Thought* (2da ed., pp. 621-632). Cambridge: Cambridge University Press.

TODOROV, T. ([1977] 1981). *Teorías del símbolo*. Caracas: Monte Ávila editores.

TODOROV, T. (1971). El lenguaje figurado. En *Literatura y significación* (pp. 211-221). Barcelona: Planeta.